

Candaya Abierta, 5

NO TIENEN PRISA LAS PALABRAS

© Carlos Skliar
© Editorial Candaya S.L.
Camí de l'Arboçar,4 - Les Gunyoles
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)

e-mail: candaya@candaya.com

web: www.candaya.com

La presente edición ha sido realizada por convenio con
MIÑO Y DÁVILA EDITORES.

Pasaje José M. Giuffra 339 (C1064ADB)

Buenos Aires, Argentina

e-mail: info@minoydavila.com

web: www.minoydavila.com

Diseño de colección: Francesc Fernández

Imagen de la cubierta: Francesc Fernández

Primera edición: Mayo de 2012

Edición actual: Segunda en castellano; primera en Argentina. Agosto de 2013

ISBN: 978-84-15295-49-5

Lugar de impresión: Gráfica LAF. Monteagudo 741, San Martín,
Pcia. de Buenos Aires, Argentina

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

CARLOS SKLIAR

**NO TIENEN PRISA
LAS PALABRAS**

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

EDITORIAL CANDAYA

Prólogo

EL POETA ES UN VIAJERO

Decía Pessoa que el poeta es un fingidor. Para Carlos Skliar es, sin duda, un viajero: un ser en movimiento constante, un extranjero perpetuo que, como tal, contempla la realidad con ojos nuevos, que mira (verbo esencial en la poética del autor) y nos revela lo que ve y siente.

El viajero nos entrega aquí un libro múltiple. En *No tienen prisa las palabras* el lector encontrará lúcidos aforismos, pensamientos despeinados, greguerías (“Limpiaba la vereda como si intentara reanimar un animal herido”), apuntes de un diario, epifanías, estampas líricas, mínimos poemas en prosa, microrrelatos... En la mayoría de ellos, el autor parte de lo contemplado (lo vivido) en sus movimientos por la calle (aquí el viajero es también *flâneur*... ¿caso no lo son todos?) o al instalarse en su nuevo hogar, un doble espacio que se presenta siempre como transitorio, pasajero, fugaz. Instantes reveladores que espolean las reflexiones del escritor: la mujer loca que pasa por la plaza, los niños que juegan libres y felices, la anciana agradecida a la que ayuda a cargar las bolsas de la compra, los turistas que fotografían a un pobre que pide limosna en la Sagrada Familia (un puñetazo contra la indiferencia), la mujer que lee *Escribir* de Duras...

Textos en los que subyace la necesidad del otro, la complicidad y la empatía. Pero que también apuntan, afilados, contra la indiferencia, el egocentrismo y la estupidez humana. “Dolor de cabeza porque el mundo es como es. Y duele”, nos dice el viajero. Por eso también su voz reclama la rebelión, salirse de la fila, como en su día hizo ese Bartleby al que tanto admira.

El viajero contempla el mundo, y con su mirar también lo sostiene: “Una nube sola en medio de un cielo demasiado nítido. No apartar la mirada. No contribuir a su desvanecimiento”.

Pero su mirar no es simple mirar: es pensar(se), descubrir(se), comprender(se), revelar(se)... De ese modo, viajar (sinónimo de vivir, de escribir) no es sólo moverse, sino, sobre todo, explorar, “mirar por detrás de cada estatua”. Porque la realidad se sabe múltiple e inabarcable. “El mundo es casi todo lo que no ves y donde no estás”. Y eso obliga a seguir mirando, a seguir buscando. A que el viaje nunca termine. Como esa niña que lo observa todo con ojos muy abiertos: “Sabe que el mundo no le cabe en la mirada, pero lo intenta una y otra vez”.

Y con el viaje aparece la experiencia del extranjero, la conciencia de estar siempre de paso (estupenda metáfora de la vida) y, con ello, el peligro de fijarse definitivamente en un lugar o en una idea. No hay nada fijo. Y de ahí, el imposible arraigo, la inalcanzable satisfacción completa: “Doce mil kilómetros para darse cuenta de que uno quisiera estar así. Allí”.

El viajero no sólo mira de forma diferente la nueva realidad, sino que también la escucha: “El extranjero. Aquel a quien los sonidos de la calle le alcanzan un poco más tarde”.

En estos textos, la reflexión sobre el lenguaje y la escritura es constante. El viajero sabe que el lenguaje es artificio, banal intento de poner orden donde no lo hay. Pero es nuestra única arma para pensar y expresar esa realidad que nos sobrepasa. Por eso el lenguaje no obedece: la palabra se escapa porque la realidad siempre se escapa. Lo que también es una suerte: “La escritura tiene miedo de cerrar sus manos. De acomodarse. De darse por terminada”. Pues eso significaría comprenderlo todo (ordenarlo todo) y entonces ya no quedaría nada por decir. Nada por pensar. La totalidad es una amenaza (como dice en uno de los poemas recogidos en su libro *Voz apenas*). Por eso el viajero, contradiciendo a su amado Bartleby, por suerte para nosotros, continúa escribiendo: “Escribir. Para que la lengua no muera”.

¿Cómo hacerlo? Como ese niño que habla por primera vez: “su monosílabo suele ser todo el universo balbuceante”. Con un lenguaje libre y sin orden, como un juego infantil. Un lenguaje libre es un pensamiento libre. Ello explica la constante evocación de la infancia que hace el viajero, de esa visión fascinada del mundo que se pierde en la edad adulta. La emoción por encima de la razón. La lúcida renuncia a comprender la totalidad del mundo. La reivindicación de la escritura, que es lo mismo que decir la vida. Sin rumbo, sin mapa, a la deriva.

A lo largo del libro, son convocadas –conjuradas– otras voces, también múltiples y diversas, de poetas, narradores y filósofos: Szyborska, Tavares, De Luca, Yourcenar, Claudel, Pessoa, Magris, Handke, Walser, Tsvietáieva, Nooteboom, Herzog, Nietzsche, Ajmátova, Brodsky, Bachmann, Derrida... pero, sobre todo, las voces y las obras

de Chantal Maillard e Ingeborg Bachmann. El viajero invoca a todos estos autores no sólo desde la admiración (incluso les agradece en nota el haberle proporcionado alguna idea que cita o usa en sus propias reflexiones), sino como compañeros de viaje. Voces que conforman una vasta algarabía de líneas que —como diría el maestro Borges— acaba por dibujar sobre el texto la imagen de su cara.

DAVID ROAS

NO TIENEN PRISA LAS PALABRAS

“Es del fondo de mis párpados fríos, del nacimiento mismo del río que han venido al mundo estas palabras. Sí, al principio fue la escritura, no muy bonita, las letras demasiado altas, apretadas, negándose el espacio, conteniendo el ímpetu de las frases. Uno podría decir: no se dan prisa las palabras en llegar al punto; otro: hay algo que las retiene; y todos, sin duda entre ellos yo mismo: querrían volver atrás, dar la vuelta, pero ya no pueden.”

Marek Bińczyk

Ninguna percepción es recíproca. La mirada hacia la lluvia no es la lluvia que nos mira. La piel que tocamos casi nunca es la piel que suplica ser tocada. El margen no sabe que es el margen. Hacer equivaler las percepciones es reducir el cuerpo a unos pocos encierros y desplantes. Esto es lo primero que aprende el niño. Esto es lo que tan rápido el adulto olvida.

Escribo porque no comprendo. Para repetir una y otra vez esa enrucijada de palabras con la que no logro descifrar el tiempo. Escribo para recordar sonidos que de otro modo se perderían en el lodo vertical de la memoria. Para invocar y provocar gestos de amor de los que no soy capaz si no escribiera. Escribo porque al despertarme quisiera agradecer los ojos abiertos. Para mirar de pie lo que está demasiado lejos. Para escuchar qué es lo que ha quedado en la punta de la lengua. Escribo para renunciar al abandono y para tocar con las manos sigilosas la espalda tibia de alguien que aún no ha muerto. Escribo. Y aún no soy capaz de decir nada.

Viajar. Trazar un círculo completo. Una línea inexacta.
Un espacio de tiempo y viento. Un sitio repleto de fugas
incapaces.

Hay veces que el lenguaje obedece y otras que no. Generalmente no. La piedra, por ejemplo, es una palabra que no te entiende. Un gato es, ante todo, una gramática de rebelión. La luna, obedece claramente. Un deseo –que es la punta más rugosa del lenguaje– supone, a partes iguales, desobediencia y desorden.

Un hombre saluda a otro hombre en una esquina desconocida para ambos. Uno de ellos se queda varias semanas pensando en el otro, hasta que se da cuenta de que se trataba, en verdad, de un total desconocido. Decide, pues, olvidarlo, sin dejar de reconocer lo esencial que resulta, a veces, haber conocido a un desconocido.

Por una plaza pasa una mujer desquiciada con la ropa rasgada en jirones. Al verla, una niña se esconde detrás de su madre. La madre le explica que hay personas que pierden la razón, que la razón es señal de buena educación, que la pérdida de la razón es aquello que nos asusta, que lo que nos asusta es incomprendible y que lo incomprendible es ciertamente la locura. La niña sigue jugando al escondite con esa mujer hermosa del vestido de gasa púrpura.

El extranjero. Aquel a quien los sonidos de la calle le alcanzan un poco más tarde.

Una lluvia pasajera inunda un único lugar. Un milímetro de lluvia sobre un milímetro de tierra. El resto del paisaje permanece casi seco. El señor del portafolio negro y de zapatos a tono pisa el agua y no se pregunta nada. Ha nacido la más brutal de las indiferencias.